

sen divididos, el uno podia ser perseguido y el otro destruido.

“Lo repito, no ha habido época, á lo ménos durante nuestra vida, en que el progreso del espíritu revolucionario fuese más creciente. En 1848 hubo un levantamiento simultáneo de este espíritu, pero fué reprimido en todas partes. Despues penetró en los Gabinetes mismos que gobiernan las naciones, y hasta se sentó en los tronos y adquirió un ascendiente que no tenia entonces.

“No creais, sin embargo, que tengo el menor temor por la Iglesia católica ó por la Santa Sede. Hace algunos años me tomé el trabajo de contar cuantos Papas fueron desterrados de Roma ó no pusieron en ella sus piés. Pues bien; no os admireis de oír que fueron cuarenta y seis. He hallado tambien que Roma fué saqueada y destruida lo ménos siete veces, y nada tendria de extraño que lo fuese tambien la octava.

“He buscado tambien cuántas veces habia sido usurpada Roma; pero no he podido averiguarlo. El número de las usurpaciones, en cada periodo de la historia, bien hayan sido parciales y momentáneas, ó más ó ménos largas, fué tan grande, que se escapa a todo cálculo. La ley de la existencia de la Santa Sede ha sido siempre ser asaltada, y hay épocas en que el Papa vió al mundo en un estado mucho más sombrío que este en que ahora nos hallamos. Por eso León XIII, considerando el estado de turbacion y de desórden en que

se halla Eureka no pudo ménos de exclamar: “Mi lote es como el de los que me han precedido. Han visto tiempos más sombríos que los que yo veo, “y tengo confianza de que veré tiempos más claros que los que ellos mismos han visto.”

“Hay en el mundo dos grandes autoridades: la una, civil y política; la otra, espiritual. Dios las hizo á las dos y las creó para que hubiese entre ellas union, amistad, concordia y cooperacion. Ni la Iglesia, ni los Pontífices se han retirado por sí mismos de la union y de la concordia con los poderes civiles, porque esto hubiera sido contrario al espíritu de fé y á la caridad que les anima. Los poderes civiles, los ministros de las coronas, los favoritos, los Pombal y los que han reinado en Austria, en Francia, en Portugal y España, fueron los que en el siglo último y en este siglo violaron los derechos de la Iglesia, la libertad de los cristianos y de los sacerdotes católicos; ellos son, repito, los que han roto los lazos de la concordia y de la amistad.

“Desde que León XIII, subió al trono pontificio, no ha dejado de suplicar á los poderes civiles del mundo que, por respeto á ellos mismos y por la paz del mundo, vuelvan otra vez á la observancia de las leyes de la justicia, y yo tengo la firme confianza de que Su Santidad tendrá la gran satisfaccion de ver restablecidas las relaciones de amistad entre la Santa Sede y todos los Estados.....”

COLECCION

DE

Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomas Gonzalez.

TOM. 3.

Guadalajara, Mayo 8 de 1882.

NUM. 43.

SECCION I.

Disposiciones generales de la Iglesia

SAGRADA

Congregacion de Ritos.

Plures Theologi, inter quos Sanctus Alphonsus M. de Liguorio, sentiunt veniale esse omittere vocem *Amen* in fine formae Baptismi, quae tamen vox non reperitur in Rituali Romano: quaeritur ergo utrum adhibenda sit vel omissenda?

Resp. strictim in casu servetur Rituale Romanum. Decret. 9. Junii 1853.

Rmus. D. Joseph Maria a Refugio Guerra Episcopus a Zacathecas in Mexicana Republica Americae Septentrionalis sequens Dubium Sacrae Rituum Congregationi enodandum proposuit, nimirum: Quanam hora liceat incipere privatam recitationem Matutini cum Laudibus vespere diei praecedentis: in istis namque regionibus

non omnium eadem est super hac re sententia.

Sacra vero Rituum Congregatio, referente infrascripto Secretario, audito voto alterius ex Apostolicarum Caeremoniarum Magistris, rescribendum censuit: Privatam recitationem Matutini cum Laudibus diei subsequenti incipi posse quando sol medium cursum tenet inter meridiem, et occasum. Atque ita rescripsit die 16 Martii 1876.

Rmus. Dnus Josephus Maria a Refugio Guerra hodiernus Episcopus de Zacathecas in Republica Mexicana Septentrionalis Americae sequens Dubium Sacrae Rituum Congregationi resolvendum proposuit, nimirum: Officium Beatae Mariae Virginis sub titulo de Guadalupe, totius nationis Mexicanae inclitae et singularis Patronae, concessum est Ecclesiis hujus Provinciae cum Octava integra; sed cum aliquando dies octava occurrat in Feria IV Quatuor Temporum Adventus, cuius Evangelium est ipsum ac Festivitatibus, quaeritur: an loco Homiliae diei octavae, legendae sint tres Lectiones

Homiliae ejn-dem Feriae, et in fine Missae Evangelium Sancti Joannis, uti fit in Festo Expectationis partus Beatae Mariae Virginis, quando occurrit in Feria IV dictionum quatuor temporum: vel quid faciendum in casu?

Sacra porro eadem Congregatio, audita relatione ab infrascripto Secretario facta, nec non voto alterius ex Apostolicarum Caeremoniarum Magistris, rescribendum censuit: In casu omissendum in Officio Evangelium cum Homilia Feriae, et in fine Missae legendum Evangelium Sancti Joannis. Atque ita rescripsit ac servari mandavit: die 27 Januarii 1877.

SECCION III.—Variedades.

SERMON

predicado en la Sta. Iglesia Catedral de Guadalajara, por el Sr. Canónigo D. Florencio Parga, el 24 de Marzo de 1882, sobre el Evangelio del día.

Ego sum resurrectio et vita.

(JOANN. C. II. V. 25.)

Ningun hombre ha dicho ni podrá decir nunca lo que Nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio de este día. "Yo soy la resurreccion y la vida," exclama al ver la desolacion de Marta y María, hermanas que lloraban sin consuelo la muerte de su hermano Lázaro, acaecida hacia cuatro dias. Jesucristo, que tambien llora la muerte de su amigo Lázaro, porque lo amaba mucho, asegura que lo resucita-

rá; pues á eso ha venido expresamente de allende el Jordan á la Judea, á pesar de que aquí se le perseguia de muerte, como se lo hacian observar sus apóstoles.

Tu hermano resucitará, dice, dirigiéndose á la inconsolable Marta. Mas ésta, que no penetra la intencion del Salvador, contesta bañada en lágrimas: "Sí, Señor, ya sé que resucitará, como todos los muertos, el último dia de los tiempos." Entonces prorumpe el Señor en estas sublimes, consoladoras y divinas palabras: "Yo soy la resurreccion y la vida: el que cree en mí vivirá, aunque hubiere muerto, y todo el que cree en mí no morirá jamas."

Despues de esto obra Nuestro Señor Jesucristo al imperio de su voz, y á virtud de su omnipotencia divina, el milagro de la resurreccion de Lázaro, milagro que maravilla, y con razon, á toda la Judea, y maravillará siempre al mundo, porque la resurreccion de un muerto es el mayor de los prodigios.

Yo, señores, no es precisamente de la resurreccion de Lázaro de lo que vengo á hablar;—ya otra vez lo he hecho desde esta misma cátedra;—sino, sobre todo, de esta breve sentencia que hoy profiere nuestro Señor Jesucristo, y que ya he repetido varias veces: "Yo soy la resurreccion y la vida."

Nada más sencillo que lo que intento demostrar, ó más bien desarrollar con los auxilios divinos, porque es una verdad incontrovertible; á saber: que Jesucristo es, en efecto, lo que aseguró de sí mismo, la vida y la resurreccion en todo sentido.

Antes de comenzar mi trabajo, para el cual no tengo por mí mismo ningunas fuerzas, pidamos, hermanos míos, la gracia del Espíritu Santo, por conducto de la Virgen Santísima. AVE MARIA.

Yo soy la resurreccion y la vida.

(S. JUAN.)

Que nuestro Señor Jesucristo es en sí mismo la vida, la plenitud de la vida, la vida por excelencia, la vida eterna, en fin, es una verdad que se halla fuera de toda duda y uno de nuestros grandes dogmas católicos. Jesucristo es el Verbo de Dios, el esplendor del Padre, la imágen de su sustancia, y por lo mismo, no fué hecho, ni criado, sino engendrado desde la eternidad, por el entendimiento del Padre. Así qué, vive no de hoy, ni de ayer, sino *ab aeterno*, vive y reina por los siglos de los siglos, como canta la Iglesia todos los dias y al concluir todas y cada una de sus preces.

Es la vida, y es además la fuente de toda vida, porque *por El fueron hechas todas las cosas, y sin El nada se ha hecho nunca*, como dice el Santo Evangelio, segun S. Juan. Cuando fueron zanjados los fundamentos de la tierra; cuando Dios, como jugueteando, en expresion del Sagrado Texto, desplegó el inmenso pabellon de los cielos y lo sembró de millones de millones de refulgentes estrellas; cuando, en fin, sacó todas las cosas de la nada y creó la obra maestra de su omnipotencia, el hombre, en quien inspiró un *soplo de vida*, estampando en su alma la imágen del mismo Dios; el Verbo, la Sabiduría Divina, estaba allí, componiéndolo, y vivificándolo todo. *Cum eo eram cuncta componens.*

De modo que el movimiento impreso á nuestro globo, como á los demas planetas, para que jiraran con una velocidad apenas calculable, al derredor de sus centros de atraccion; lo mismo que la animacion y la vida, concedidas profusamente á esas incontables especies de séres, invisi-

bles muchísimas de ellas á nuestros ojos, como pueblan el universo; obras son de esa propia Sabiduría infinita, ó del Verbo de Dios. *Sine ipso factum est nihil.*

Ved por qué, el Verbo de Dios, hecho carne, Jesucristo, asegura hoy con toda justicia, que es la *resurreccion y la vida*. Lo es literalmente, pues que sacó del caos y del no ser á todo viviente en el cielo y en la tierra, y lo es tambien en otro sentido.

Aquí necesito recordar el más conocido, pero tambien el más lamentable acontecimiento de la historia del hombre. Un dia despues de la creacion, de la difusion espléndida de la vida, por todos los ámbitos de la inmensidad, el viviente más favorecido de Dios, el hombre, sí, desobedece con increíble ingratitud á su Creador, comiendo del fruto del árbol que le estaba prohibido, bajo pena de muerte. Ah! y luego se cumplió la terrible amenaza de Dios: "Por el pecado entró la muerte en este mundo," dice tristemente el apóstol S. Pablo. Y Adán que habia recibido no solo la vida, sino el don de la inmortalidad, atrajo sobre su cabeza y sobre toda su descendencia, una terrible sentencia de muerte, no solo de su cuerpo, sino ¡ay! tambien de su alma, en cuanto ésta puede morir, pues quedó privada de la vida de la gracia y de la vida de la gloria, envuelto en espesas tinieblas su antes clarísimo entendimiento, é inclinado á todo mal, su antes limpio corazon.

Sin embargo, si Dios es la justicia, tambien es la misericordia, y apiadado del hombre, le promete desde el paraiso, que á volverle la vida y la gloria que ha perdido vendrá Aquel mismo, señores, que hoy exclama: "Yo soy la resurreccion y la vida." Y como la gran promesa divina dilató en cumplirse, lo que es menos que

un instante para Dios—cuatro mil años—pero una eternidad para el hombre desdichado, resulta que el género humano, herido de muerte, solo pudo conservarse en pié y con cierta sombra de vida, porque lo alentaban y lo sostenían en sus poderosos brazos, la Fé y la Esperanza en su futuro Redentor. Lo cual equivale á decir, y en efecto esa es la verdad histórica, que el Verbo de Dios, que Jesucristo, viene siendo desde la caída de Adán, la fuerza, el sosten, el aliento, la vida, en una palabra, de la humanidad.

Fuera de la fé y la esperanza en el Cristo que había de venir, todo lo demás del mundo antiguo se resentía del hedor de los sepulcros. Tinieblas palpables, digámoslo así, se extendían por todas partes.

No hablemos de las muchedumbres que por su ignorancia y su abyección, eran punto ménos que rebaños de bestias. Lo más granado de aquellos hombres, los legisladores, por ejemplo, los filósofos, los poetas, los historiadores, autorizaban en sus códigos las infamias y los crímenes más espantosos, enseñaban en sus libros los más monstruosos absurdos, cantaban en sus poemas las obscenidades más asquerosas, y estampaban en sus narraciones, con la más cínica naturalidad, todo lo que puede hacer, y hacia en efecto, la malicia humana, “la carne que había corrompido sus caminos.”

Si algo razonable se encuentra de tarde en tarde, entre la podredumbre de aquellas obras, mentira que era el esfuerzo del talento humano: era la idea plagiada de los Libros Sagrados, que profetizaban á Jesucristo, y derramaban, los únicos, luz, vívidos destellos de luz, sobre aquel inmenso cementerio, en que vagaban, cual tropas de fantasmas, las humanas gene-

raciones, que al fin desfallecían y se *sentaban á las sombras de la muerte*, como dice, con sin igual energía, el sagrado texto.

Ah! Mas bendito sea el Señor! Despertad, salid ya de vuestras tumbas, oh sombras, por tanto tiempo infortunadas! ¿Nó oís resonar una voz más potente que la de la trompeta que en un día más lejano llamará á juicio á todos los muertos? “Yo soy la resurrección y la vida.”

Esa es la gran voz que escucha el mundo. Y no hay medio, esa aserción es tan extraordinaria, tan inaudita que, como dice muy bien un grande apologista del cristianismo, es preciso que salga de los labios de un insensato ó de un Dios; ¿De un insensato! Ah, señores! Qué horrenda blasfemia! Nó, nó, de un Dios, puesto que de hecho resucita á Lázaro y á otros muertos, y á la humanidad entera y obra, á cada paso, prodigios propios únicamente de la Divinidad.

“Yo soy la resurrección y la vida.” En efecto, nada hay más cierto. Jesucristo no es solo el que mantiene en pié, con un puro acto de su voluntad, lo mismo esa gran máquina del universo, que estas frágiles máquinas de nuestros cuerpos, que un insectillo puede carcomer y parar, y un grano de arena romper; sino el que infunde la vida, la verdadera vida en el mundo moral. “En El vivimos y nos movemos y somos,” podemos decir con S. Pablo, en el sentido más universal y absoluto. No hay duda: todo vive hoy día, merced á Jesucristo. Su religión santísima con la cual El se identifica, es y será siempre la fuente perenne de la vida en la acepción más lata de la palabra, y en especial de la vida de las almas. Recordad que cuando se trata del Cristianismo se trata del mismo Jesucristo, no como de

un autor ó un personaje que pasó, sino como de un Hombre-Dios, que vive aún entre nosotros, y que sostiene, que alienta á su Iglesia, que le comunica la inmortalidad. El Cristianismo no ha quedado en el mundo como todos esos sistemas y esas religiones humanas, abandonadas á su propia suerte y sin que nadie se acuerde hoy de sus autores, que pasaron y murieron para siempre. No, “el Cristo vive, el Cristo reina, *Christus vivit, Christus regnat*. Eso es literalmente cierto. Si una vez murió como hombre, resucitó para no morir jamás. *Christus resurgens ex mortuis, jam non moritur*.

Así que, hoy salen de sus divinos labios estas palabras: “Yo soy la resurrección y la vida,” lo mismo absolutamente que hace mil ochocientos ochenta años. No lo vemos, es verdad, en la forma que lo vieron los que lo crucificaron; pero ¿qué importa, si lo vemos en otra forma no menos sagrada, y sí con los ojos de la fé, con los ojos del alma, lo vemos ahí en ese tabernáculo, real y verdaderamente presente en cuerpo y alma gloriosa?

Y desde ahí vivifica todo hoy ni más ni ménos que há mil ochocientos y tantos años. ¿Que hizo entonces y qué hace ahora? ¡Ah! No es posible contestar á esa vastísima cuestión en los pocos minutos de que puedo disponer: necesitaríanse para ello muy largas horas. Limítome, pues, á decir en brevísimo compendio: que la inteligencia humana, muerta por el error, porque en efecto muere cuando le falta la verdad, su elemento propio, para la cual ha sido criada y de la cual vive esencialmente, resucitó, gracias á Jesucristo que le enseñó, con una claridad deslumbradora, ante la que huyeron las antiguas tinieblas, todo lo que hay de cierto y necesario para conseguir nuestros grandes fines, re-

lativamente á Dios y al hombre. Y del mismo modo, la voluntad, muerta por el mal, pues su vida está en el bien, al cual tiende y aspira necesaria y naturalmente, fué vivificada por Jesucristo que le inspiró toda virtud, las más grandes y heroicas virtudes de que ni siquiera tenía noticia el mundo pagano.

Traed á la memoria una sola de las innumerables aberraciones del paganismo. No ciego, bien muerto estaba el entendimiento que tenía por dioses á un buey Apis, á un cocodrilo ó á una serpiente; y no solo muerta, sino en insufrible putrefacción se hallaba la voluntad que rendía homenajes de amor y adoración á la diosa de la lascivia, al dios de la embriaguez, al dios del robo, al dios que devoraba á sus propios hijos, etc., etc.

¡Qué pestilente degradación! Volvamos, señores, la mirada á otra parte, y busquemos el aire puro y saludable del cristianismo. Nuestro Señor Jesucristo purificó aquella atmósfera inmundada y mortífera, en que reinaban los demonios, *quoniam omnes dii gentium daemonia*, enseñando al entendimiento y á la voluntad humana que no hay en el cielo y en la tierra sino un solo y verdadero Dios, á quien se debe todo honor, toda adoración, todo el amor de que es capaz nuestro corazón.

¡Oh, sí! Amar á Dios y al hombre por Dios: he aquí á lo que se reduce toda la doctrina de Jesucristo, y con esa doctrina, ella sola, hizo salir de entre las ruinas de un mundo caduco, de un mundo muerto, un mundo nuevo, poblado, no como hasta entonces, de hombres degenerados, de ideas y sentimientos absurdos, monstruosos, groseros, carnales, feroces y bárbaros, sino de hombres, conforme al Evangelio, de ideas en cierto mo-